

OTROS CUENTOS

Por Fausto MASÓ

UN TAUTÓLOGO

EL PATITO feo era vejado con frecuencia. Se burlaban de la forma de sus ojos y de su manera de andar.

Un día, hastiado, se aisló del mundo dedicándose a la lectura. Conoció entonces una rara historia. Un cisne de gran belleza, que fue abandonado entre grotescos animales al nacer, los que se burlaban de él por encontrarlo distinto.

Pensó que ése con seguridad sería su caso; y veloz se lo comunicó a los demás patitos. Éstos se rieron, y con grandes carcajadas hundieron su cabeza dentro del fango. Después lo colgaron hacia abajo, amarrado de un solo pie, a gran altura, hasta que la sangre le congestionó el rostro.

La historia del cisne era falsa.

El patito feo era el patito feo.

LA CELESTINA

LA CELESTINA, vencida por los años, fue celebrada por sus contemporáneos. A pesar de atribuírsele hechos inmorales, todos concordaban en que había contribuido de un modo apreciable, a inolvidables ratos de placer de muchos del pueblo.

El alcalde la premió con una medalla, un diploma y un obsequio en metálico.

La emoción resultó demasiado fuerte para la anciana, que al recibir el pergamino se desplomó, vomitando sangre por la boca.

Al golpearse contra el suelo se quebró la endeble cabeza, y sus huesos corroídos por el tiempo, brincaron como las entrañas de un muñeco inservible. El público se rió, pero hubo almas caritativas, que indignadas ante la inhumanidad de los espectadores, corrieron hacia el estrado, rematando a la vieja para que no sufriera más.

UN PUNTAPIÉ

EL INDIÓ los miraba descender. Eran personajes que movían a risa. Al frente iba Cristóbal Colón, cubierto con su armadura de hierro.

Parecían desconocer las ventajas de andar con poca ropa. Se movían pesadamente.

Su idioma era incomprendible. Ignoraban también los placeres de la vida natural. Trabajaban sin descanso, nunca dejaban un momento libre para sentarse bajo un árbol a contemplar el mar (que por lo general la niebla no dejaba divisar).

El indio se reía, se reía.

Encontraron su cadáver al día siguiente. Le habían dado un puntapié por el ombligo. Un ojo le brotó hacia afuera, y los intestinos se esparcieron adornando la isla.

En La Habana, donde un pedazo rojo señaló la bahía, se construyó una fortaleza.

UN BEATO

FUE UN BUEN hombre. Sus amigos y parientes lo recordaban con lágrimas. Los elogios póstumos que se le tributaron fueron muchos, y sus hijos vivieron orgullosos del apellido heredado. Nadie por eso comprendía por qué estaba en el infierno, y más que según la ley y las tradiciones, transmitidas de generación en generación, sería por algo más que por toda la eternidad. Día tras día, año tras año, en el fuego eterno.

A GROPIUS

ARQUITECTÓNICAMENTE fue un triunfo. Se había logrado la integración de las artes plásticas y anatómicas.

El mejor pintor decoró el salón central con un gran cuadro. Una obra fuerte, primitiva, onírica.

Los demás salones fueron situados funcionalmente. Las puertas amplias y ventiladas. Los elevadores cerca de las es-

caleras. La amplificación sonora amplificada sonoramente. Los burós repletos de lápices y papeles. Y las salidas junto a las puertas de salidas.

El arquitecto era el mejor arquitecto. El edificio el mejor edificio. La Habana, Camagüey, toda la Isla, estaba contenta.

Entonces ocurrió el terremoto...

SOMOS HERMANOS PERO

SE ANGUSTIABA preguntándose qué camino debería escoger. Los negocios no le atraían. El arte le resultaba sin finalidad. La política era ruido en el vacío. Detrás de todo veía lo mismo "vanidad de vanidades... todo es vanidad". Escuchó una propaganda, muy bien dirigida por una de las mejores Agencias de Publicidad del momento, la de los jabones "Aliento". El fin del ser humano, decían, era abrazar a su hermano. Amarnos todos, la fraternidad universal. Se sintió convencido y se dispuso a entregarse a su prójimo. Dentro de su pecho pequeños adornos le hicieron creer que sus manos eran otras manos, y que en cada desconocido tenía un amigo.

Murió decepcionado.

Contrajo las siguientes enfermedades: Tuberculosis renal, catarro palúdico, descomposiciones cardíacas, sífilis, infartos intestinales, gota, chorro, parásitos testiculares... hasta un total de 1564.

Todos somos hermanos, pero algunos estamos enfermos.

LA PREGUNTA DE C. C.

¡TIERRA! ¡Tierra! Gritaba Rodrigo de Triana, arrojando enérgicamente el plato de garbanzos fuera de la borda. "¿Puede ser tan mala la comida en este barco? —se preguntaba— ¿A dónde fue a parar el dinero que recibió Cristóbal?"

No me explico —pensaba. "La gente hoy en día por dinero son capaces de cualquier cosa. En otros tiempos era distinto. Recuerdo mi juventud en los viñedos de Castilla. Echábamos una semilla al suelo y mil campesinos recogían los frutos... Qué feliz ha sido siempre mi vida de hidalgo. ... hasta hoy en que fatalmente me alisté como voluntario en esta rara empresa."

Llevaban 21 días navegando, rodeados por el mar y la brisa. De cuando en cuando un ave dibujaba una "v" alegre en el cielo, y las olas golpeaban la quilla de la embarcación. No habían colgado a Colón del palo mayor, por no saber, de hacerlo, regresar a España. En el mar todas las rutas son iguales. Lo mismo es la derecha que la izquierda. El que haya viajado habrá observado cómo el agua borra con relativa rapidez las huellas de los barcos. Las estelas duran muy poco tiempo. Viajar según las estrellas es tan absurdo como suena. Las brújulas no son exactas, se puede confundir el Norte con el Sur. Sólo una gran memoria. Una memoria que recuerde la forma de evolucionar el timón todo el tiempo, y sea capaz de realizar lo mismo a la inversa —sin fallos desastrosos— es la guía más segura. Colón era esa memoria, y por eso ostentaba el mando.

Rodrigo de Triana fomentaba una conspiración. Decía a sus compañeros "Cristóbal es necesario vivo, pero ¿por qué no patear a este italiano obscuro varias veces al día? No le sucedería nada. El sadismo además, según el psicoanálisis, es una forma de placer. No podemos llegar a otros extremos. Somos hidalgos; comportémonos según el genio imperecedero de la raza. Así somos erguidos, gordos, corajudos, tuberculosos. El Cid despedazando a los moros. El realismo español. La gracia Latina. La generosidad... La idea quedó sometida a estudio por el comité laboral del barco.

Cristóbal los había engañado. Les dijo "No hay provisiones para el retorno. Pero las debe de haber para la llegada. De dos preposiciones contradictorias, una es falsa y la otra es cierta. La lógica está a mi favor. Tan pronto descubramos parte de lo descubrible seremos ricos y descubridores.

Quizás hasta millonarios. ¿Por qué dudar de la Providencia? Paciencia... y "Viva Colón" (así terminaba sus discursos y comunicaciones), Colón es la prosperidad, la riqueza...

Colón se pasaba las tardes fumando en el extremo del barco, contemplando el poniente. Colocaba un pie distraídamente sobre el timón y perdía la mirada dejando deslizar las horas, como nubes lentas y pesadas.

Reflexionaba.

¿A dónde iremos?

No quería emprender el viaje. Con barcos de nombres tan estrafalarios no se llegaba a parte alguna. Y en la Italia del Renacimiento se vivía tan bien. Era el siglo de las pasiones salvajes. El hombre encadenado durante años se dedicaba a los hijos naturales. Las esculturas se desnudaban audazmente. Las imágenes se dedicaban a la vida alegre. Los enanos eran pornográficos, y antes de morir las frases originales brotaban intensamente. En vez de iglesias se construían iglesias, y no había quién no repitiera emocionado: ¡Estamos en el Renacimiento!

Las formas artísticas evolucionaban hacia el futuro, retrocediendo a la época antigua. Se interpretaba el mundo. Si giraba alrededor de la Luna, sin mencionar el Sol, si era cuadrado lo volvían redondo. Galileo torturado repetía, rasgando el ombligo, "se mueve... se mueve" (*e pur si muove*). Los poetas escribían poesías y Lucrecia B. descubría el *Birth control*.

Colón daba pataditas en el suelo de "La Niña" y se preguntaba ¿por qué me convencieron?

Un día en la corte, Fernando le pasó el brazo sobre el hombro. Colón, tímido, enrojeció sin articular palabra. Fernando le dio varias palmaditas en el estómago y le dijo: "¿Qué te parece mi administración, Cristóbal?" "Si tienes una queja, expónla, yo soy tu amigo, y estoy aquí para servirte."

Colón respondió cortesanamente: "Majestad, nunca fue tan feliz la Patria. Hoy son menos los moros y más los españoles. El Sol brilla con más fuerza, y la última cosecha fue mayor que la próxima."

"Bien" contestaba Fernando. "Tengo una misión para ti. Ganarás un buen sueldo, y vacaciones en Pontevedra. Hasta

ahora somos un pueblo poco conocido. Es preciso, es necesario, es vital, o imprescindible, mejor dicho, de gran importancia, trascendental, hacer lo no hecho. ¿Ves ese barco? ¿Ves hacia donde apunta mi brazo? Toma esa dirección. Navega e infórmame de lo que encuentres. Pero no te vayas muy lejos..."

Colón se vio al mando de tres naves, varios hombres y más sacos de comida. A la semana de navegar las embarcaciones perdieron la pintura y enseñaron sus cascos viejos y abollados. Los hombres mostraron sus credenciales de presidiarios y en el fondo de los sacos de vituallas aparecieron rellenos de piedras y desechos. Fernando ahorrraba.

¿Por qué me habrán escogido para esta empresa? "Fernando me trataba con tanta consideración" musitaba Cristóbal. "E Isabel, tan dulce, tan ligera, con todas las costumbres del Renacimiento."

Isabel al despedirse le había dicho dulcemente con su rostro pegado al suyo: "Cristobalito, no vuelvas sin traerme Ameriquita."

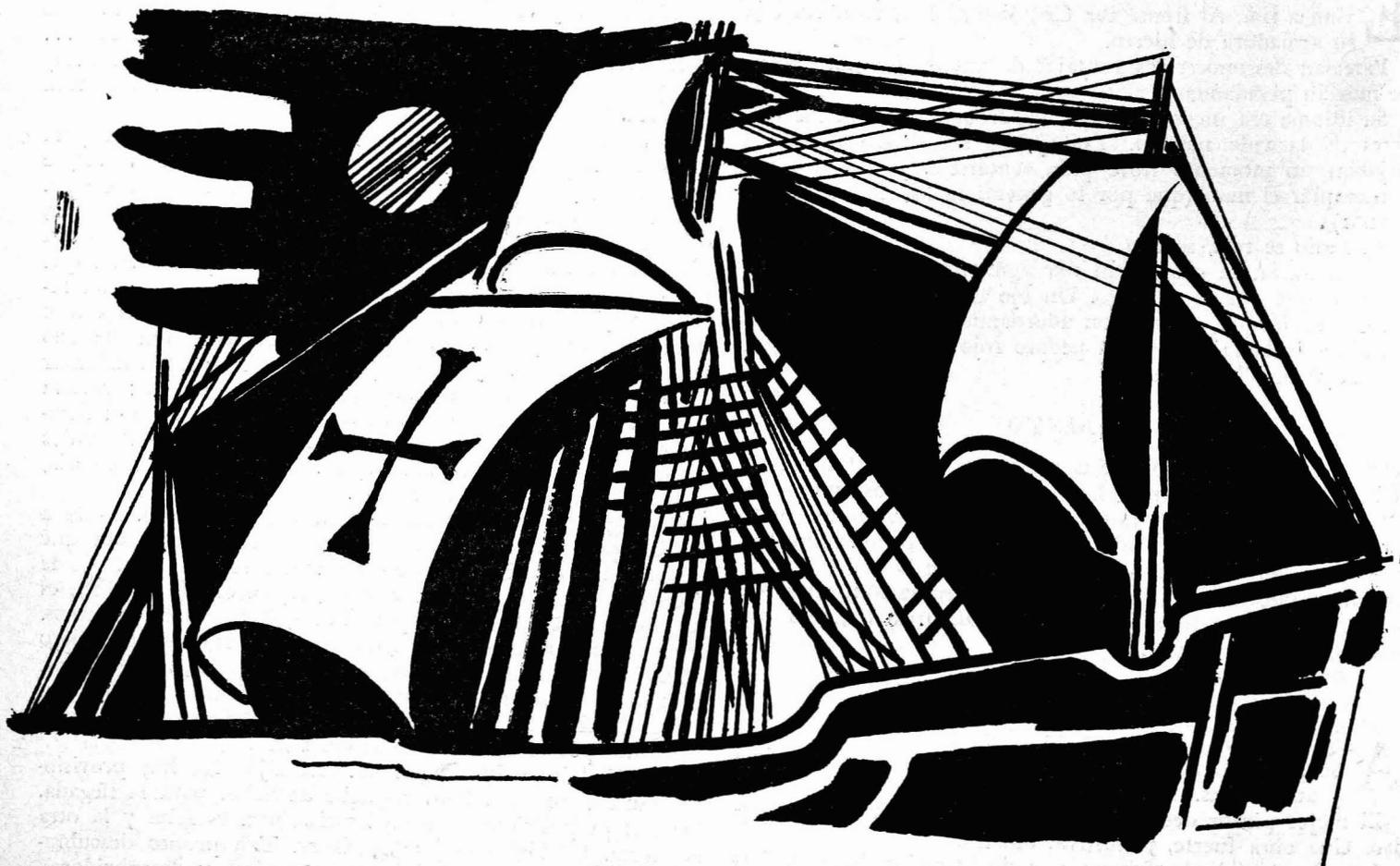
Era el 12 de Octubre y quería llorar. Pero sabía que sus lágrimas se confundirían con el mar, que las gotas serían anegadas por las olas, como nuestros gritos o nuestras conversaciones. El barco no se detendría. Ahí estaba el viento, y las velas borrachas, hinchándose de ostentación y de orgullo. Tomó un pedazo de madero y lo arrojó con todas sus fuerzas. Por un momento pareció romper el horizonte, pero de pronto, la madera, como herida por un rayo de sol, desapareció en el agua.

La vida de un hombre no es mucho. Un griego había dicho: Lo mejor es no nacer. Y otro agregó: De nacer, muramos pronto.

Recordó más citas, cuatro, cinco, seis. Se conmovió y lloró leyendo el reverso de la hoja de un almanaque.

Abría desesperado los brazos, y con la ropa desgarrada, como en medio de dos ladrones, miraba hacia el cielo, a la luz que lo embrutecía. El sol quemaba su rostro. El calor examinaba sus poros, y se iba transfigurando, como un mendigo, o una mano sin rostro.

¿Qué hacía en esa parte del mundo?



Dibujo de Héctor Xavier